

Una educación que se ejerce desde lo cotidiano y sin permitir la toma de conciencia de que se trata de un verdadero adoctrinamiento, ese que se normaliza a través de una contundente y explícita ideología de género para decretar una «diferencia desigualada» (Fernández, 2009) en los cuerpos, las mentes, los sentimientos y los vínculos desde la más tierna e influenciable infancia.

De hecho, dicha educación invisible continúa actuando a lo largo de toda la vida mediante la interacción con otros, los medios de comunicación, las costumbres y demás como manera de garantizar docilidad para la adaptación. De esa forma se sigue aprendiendo a «descar» como algo que proviene de nuestros sentimientos más internos aquello que en realidad se nos impuso desde antes incluso de aprender a hablar, y que también hoy se nos sigue imponiendo como condición para «sentirnos parte» de una identidad o un colectivo.

Obviamente que más allá de todo esto también es posible que cada persona en particular pueda hacer desde su singularidad distintas concesiones deseantes con las relaciones de poder, de forma tal de lograr cuotas de disfrute tanto sea adaptándose como resistiendo o subvirtiendo lo que se espera de ella, en base a una acomodación que no termine necesariamente en asimilación.

Cuando entramos en una juguetería y nos «aturde» tanto rosado y celeste claramente discriminados, sumado a que se encuentran bien distanciados en sección niños y sección niñas, logramos experimentar lo «aparatoso» de esta construcción binaria que inventa dos universos diferenciados de manera polar para lograr la percepción como «puestos», a los que denomina «masculino» y «femenino».

Tal aparato, que moldea cuerpos y mentes, lleva a las infancias a buscar identificarse y autoclasificarse rápidamente en referencia a uno de los dos «lados» para así poder obtener reconocimiento y amor de las

figuras adultas referentes; las mismas que comunican en clave de advertencia sutil (sin darse cuenta, o sí) que esperan que ese infante cumpla con las expectativas de género que «naturalmente» se corresponden con su sexo.

Por su parte, las prerrogativas masculinizantes apuntan a que el así denominado «niño varón» desarrolle comportamientos corporales más expansivos orientados a la acción y la motricidad gruesa, sin prestar demasiada atención a la armonía o estética de los movimientos.

También se espera que logre claros niveles de agresividad, competencia, autonomía e incluso violencia como forma de resolver conflictos y no «dejarse pasar por arriba». Se le enseña precozmente a no escuchar o negar la información que proviene de emociones tales como miedo, dolor, tristeza, a través del clásico mandato «no llores, no seas maricón».

Una forma de adoctrinamiento que le indica que cualquier vivencia vinculada con lo emocional (salvo la rabia, la excitación sexual, los impulsos y la violencia) lo desconfirma como masculino en tanto que vulnerable y por eso peligrosamente similar a lo femenino.

Por lo mismo, esta ideología de género que se expresa silenciosa e invisible en la educación sexual cotidiana (y que no se percibe como educación) controla a los niños varones al infundirles desprecio y temor, que se constituyen en verdaderos «cucos misóginos» en tanto atentarían contra su masculinización.

En ese sentido, cuando se le dice a un niño «no llores así que pareces una nenita llorona», se lo está amenazando con que si llora demasiado puede terminar desmasculinizándose y pareciéndose a una niña, a un ser que así representado («nenita llorona») es concebido como «inferior» y no solo «diferente» de lo masculino, y por tanto como un anti-modelo rechazable por todo niño que se quiera preciar de varón o de masculino.

Por más que los modelos de familia estén cambiando presurosamente, dejando a la nuclear como uno más e incluso minoritario, lo cierto es que el tipo de pareja parental (hombre masculino y mujer femenina) que plantea la estructura familiar conformada por padre, madre e hijo aún tiende a ser tomada como matriz de toda forma de criar y educar a las infancias.

Esto sería así dado que el modelo de familia nuclear implantado y desarrollado a partir de la Revolución industrial (Roudinesco, 2004) ha tenido como principal función política moldear cuerpos y subjetividades

en clave masculina y femenina para de esa forma naturalizar una determinada dirección en la circulación del poder.

Por eso se cree que el hombre masculino en rol de padre sería el único apto para socializar a las infancias en los «antipáticos» límites y normas del mundo público y adulto (así como en las aventuras que es peran más allá del hogar) a partir de una asistencia «a distancia», y que la mujer femenina en tanto madre sería la exclusivamente encargada de propiciar cuidados primarios desde la intimidad de lo doméstico mediante el desarrollo de niveles de contacto y empatía que si bien resultan vitales, muchas veces también se pervierten al desdibujar a la mujer como sujeto ante el otro y ante sí misma.

La comunicación humana.

Asanguren

28. SOBRE EL PELIGRO DE UN EMPOBRECIMIENTO EN LA COMUNICACION Y EN EL HOMBRE

El medio de comunicación por excelencia, lo hemos dicho ya casi con impertinente reiteración, es el lenguaje ordinario. Ahora bien, y como ya vimos, advierten hoy algunos sociólogos de la cultura una retraite du mot. La gente habla menos y, sobre todo, peor. Asistimos a una «crisis del lenguaje» que, por una parte, no sirve ya para traducir la comunicación científica, y por otra, marcha, renqueante, detrás de los nuevos artefactos de que el hombre se rodea, entre los cuales hace su vida, y que no es capaz sino de señalar, tal una abreviatura (con frecuencia, literalmente una abreviatura), por manera casi puramente mostrativa. Los objetos con los que el hombre hace hoy su vida —como diría Ortega— cambian tan rápidamente que la vieja asociación cuasi-mágica palabra-cosa es hoy impensable, hasta el punto de que estamos cayendo en el extremo opuesto. La realidad, tal como la comprende el hombre de hoy, escapa al lenguaje por arriba y por abajo. Para los hombres de ciencia el lenguaje es ya un instrumento demasiado tosco; para el hombre de la calle un hablar abstracto, que nada tiene que ver con el *know-how*, con el «saber hacer» o manejar los aparatos de uso cotidiano que han sustituido completamente a la naturaleza como marco de la vida humana

